



STEVE MURPHY
JAVIER F. PEÑA

**CAZA
AL
HOMBRE**
CÓMO ATRAPAMOS A
**PABLO
ESCOBAR**

La historia real de
los protagonistas de
NARCOS, el éxito
mundial de NETFLIX

1 2,8 4 8,2

Caza al hombre

Cómo atrapamos a Pablo Escobar

Steve Murphy
y Javier F. Peña

Traducción de María Eugenia Santa Coloma

Título original: *Manhunters: How We Took Down Pablo Escobar*

© 2019 by Steve Murphy and Javier F. Peña
Published by arrangement with St. Martin's Publishing Group
in association with International

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;

91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: noviembre de 2020

© de la traducción del inglés, María Eugenia Santa Coloma Costea, 2020

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2020
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensula@planeta.es
www.edicionespensula.com

DAVID PABLO - fotocomposición
DEPÓSITO LEGAL: B-18.635-2020
ISBN: 978-84-9942-921-2

ÍNDICE

Introducción	13
Primera parte	23
Segunda parte	81
Tercera parte	139
Cuarta parte	261
Conclusión	287
Epílogo	303
Agradecimientos	311

STEVE

Cuando era pequeño estaba obsesionado con la policía. Envidiaba sus uniformes almidonados de estilo militar y sus coches patrulla a toda velocidad con las luces centelleantes y el aullido de las sirenas.

Soñaba con ser policía, atrapar a los malhechores, sobre todo cuando se aprovechaban de personas inocentes. Para mí, los agentes de policía eran superhéroes. Sabía que mi vocación me impulsaba a los cuerpos policiales, incluso desde muy pequeño y pese a haberme criado en Tennessee.

Nací en Memphis, pero cuando tenía tres años, nosotros —mis padres, mi hermana mayor y yo— nos mudamos a Murfreesboro, un pequeño municipio con amplias zonas verdes y haciendas decadentes de antes de la guerra justo al sur de Nashville, en la parte central, profunda y húmeda, del estado. No ha pasado gran cosa ahí desde la guerra civil. En el colegio estudié la batalla de Stones River, que tuvo lugar en Murfreesboro y duró tres días a finales de 1862 y principios de 1863, uno de los enfrentamientos más sangrientos que causó más de veintitrés mil víctimas en ambos bandos, los confederados y la Unión.

A los once años tuve mi propia batalla histórica en un jardín de las afueras. Al mirar atrás, no fue tanto una batalla, sino más bien el momento decisivo de mi corta existencia. Fue cuando me vi pillado in fraganti, con los ojos entrecerrados ante el

resplandor de los reflectores de la policía: mi primer encuentro con la ley.

En verano, mis amigos y yo acampábamos en los jardines de unos y otros, tumbados con nuestros sacos de dormir sobre la hierba recién cortada, contemplando las estrellas, o apiñados en una tienda de campaña y asustándonos mutuamente con nuestras historias inventadas de fantasmas, zombis y horripilantes asesinatos, y caíamos dormidos con el sonido de los grillos y los sapos. Los veranos en Tennessee eran calurosos y por las noches no refrescaba demasiado, así que la mayoría de ellas sacábamos los sacos de dormir de las tiendas y nos despertábamos por la mañana cubiertos de rocío.

Una noche de verano, hacía tanto calor y estábamos tan sudorosos que ninguno podíamos dormir; por eso algunos de nosotros decidimos colarnos en la casa de uno de nuestros compañeros de acampada. No sé muy bien por qué lo hicimos, aunque me parece recordar que queríamos recuperar algo que en ese momento pensamos que era importante. Mientras cuchicheábamos en voz alta e intentábamos forzar la ventana de una habitación, de repente oímos las ruedas de una patrulla que se acercaba en la oscuridad y supimos que nos habíamos metido en un lío. Era un coche de policía. Alguien debía de haber llamado a los polis cuando nos oyeron armando alboroto. Nos quedamos helados, demasiado atemorizados para darnos incluso la vuelta. Apenas pude distinguir a los dos agentes que salieron del coche patrulla porque las luces me cegaban. Nos dijeron que estuviéramos quietos, aunque no era necesario que dijeran nada, ya que estábamos demasiado asustados para movernos. Las gotas de sudor me caían por las mejillas mientras mantenía las manos en alto. A medida que mis ojos se adaptaban al resplandor, pude ver que los policías eran altos y musculosos. Me parecieron imponentes con sus uniformes negros pulcramente planchados y sus lustrosas botas negras. Cuando

nos preguntaron si queríamos que nos llevaran a la oficina del sheriff del condado de Rutherford y nos metieran en la cárcel o ir a ver a nuestros padres, todos respondimos a la vez. Sabíamos qué pasaría si nuestros progenitores se veían envueltos, así que elegimos por unanimidad ir a la cárcel, lo que provocó las carcajadas de los agentes. Estábamos abochornados y permanecimos firmes, incómodos, mientras tomaban nota de nuestros nombres y direcciones y nos acompañaban hasta nuestras casas, donde despertaron a nuestros padres. En cierto modo, todos sobrevivimos a aquella noche terrible, pero se nos quitaron las ganas de acampar. Al menos durante ese verano.

Con el paso de los años, he pensado a menudo en aquel primer encuentro con la justicia y en cuánto admiré a aquellos agentes por usar el sentido común con un grupo de críos traviesos.

Por encima de todo, quería ser agente de policía, pero no fue hasta años después cuando descubrí que mis padres tenían otros planes para mí.

Crecí en una familia baptista estricta; era el pequeño de tres hermanos. O debería decir el pequeño de dos. Un hermano mayor murió con solo tres años, antes de que yo naciera. Mi hermana era ocho años mayor que yo, y pasamos buena parte de nuestra infancia peleándonos.

Mi padre medía uno noventa y tres y era la persona más fuerte e inteligente que he conocido jamás. A mis tíos les gustaba contarme que cuando mi padre era joven, le encantaba pelear y nunca perdió un combate. No le tenía miedo a nada ni a nadie. En una ocasión le pidieron que hiciera una prueba para los Washington Redskins, oportunidad que rechazó educadamente porque no consideraba que el fútbol profesional fuera una sólida trayectoria profesional.

Cuando mi padre tuvo edad suficiente, se ofreció como voluntario para el ejército de Estados Unidos, aunque para

entrar tuvo que hacer trampa en la exploración física. Mi padre veía mal del ojo izquierdo. Durante la visita, el médico le pidió que se tapara el ojo izquierdo con la mano izquierda y leyera la tabla. Sin problemas. Cuando le pidió que hiciera lo mismo con el ojo derecho, sencillamente usó la mano derecha para taparse el ojo izquierdo y ¡superó la prueba de visión!

Mi padre empezó en infantería y lo enviaron a Europa después de que el ataque a Pearl Harbor sumiera a Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial en 1941. Debido a su talla y su fuerza, trabajó con los médicos del ejército en Francia y Bélgica poniendo a salvo a los soldados heridos y sujetándolos cuando era necesario realizar tratamientos médicos.

A su regreso de Europa, mi padre decidió matricularse en la Universidad Bob Jones de Greenville, Carolina del Sur, para ser pastor. Fue el primero de su familia en asistir a la universidad y, tras graduarse, se trasladó con mi madre y mi hermana a su primera iglesia en Memphis, donde nací yo. Más tarde, en Murfreesboro, pasó por varias iglesias pequeñas y realizó trabajos esporádicos para sacarse un dinero extra. Recuerdo verlo ir de puerta en puerta vendiendo aspiradoras. Era muy bueno en eso, y a menudo decía que Dios dirigía sus pasos y le decía adónde ir y qué decir para hacer su trabajo.

Al final, Dios alejó a mi padre de su labor como pastor y lo acercó a las moquetas. Después de obtener un empleo en una tienda de pavimentos en Nashville, animó a su hermano menor, que se había retirado de la fuerza aérea, a montar un negocio con él. Les fue bien con su nueva tienda de moquetas en Nashville, pero había demasiada competencia en esa ciudad para expandirse a gran escala y decidieron mirar en otro sitio.

Dos años después de mi encuentro con la policía, dejamos Tennessee y nos mudamos al norte, al estado de Virginia Occidental, donde nacieron mis padres. Allí, mi padre y mi tío estaban dispuestos a crear su imperio de las moquetas. Nos

instalamos en Princeton, un tranquilo pueblo ferroviario de seis mil habitantes rodeado de cuencas mineras y enclavado en los Apalaches. Teníamos unas sólidas raíces familiares en el estado, donde mis abuelos maternos se habían instalado después de emigrar de Inglaterra. Mi abuelo había trabajado en las minas de carbón durante toda su edad adulta.

Yo no estaba contento con el traslado. Como adolescente, me fastidiaba dejar a mis amigos en un lugar donde era un chico popular. Cuando comenzó la escuela en Princeton, fui al instituto local, pero no lo recuerdo como una experiencia muy agradable. Los chicos se burlaban de mi acento de Tennessee, que me identificaba como alguien del Profundo Sur. Intenté de todo con tal de pasar desapercibido y al final aprendí a reprimir mi acento para que coincidiera con la forma de hablar de los chicos de Princeton. Aparte del deporte y la iglesia, mi nuevo pueblo no parecía tener mucho que ofrecer a los muchachos, pese a que los dirigentes locales abrieron después un centro juvenil en una antigua bolera e instalaron mesas de *ping-pong*, una cafetería y una pista de baile, donde dancé por primera vez con una chica.

En Princeton, mi padre y mi tío empezaron a convertir su tienda en un próspero negocio familiar, y nos enviaron a todos allí para que los ayudáramos. Mi madre era la contable y atendía a los clientes que entraban en el establecimiento, programaba los trabajos de instalación y hacía los pedidos para la tienda, mientras mi padre y mi tío vendían linóleo y moquetas a sus clientes. A decir verdad, mi madre era en realidad el corazón y el alma del negocio, que hubiera podido fracasar de no ser por su entusiasmo y esfuerzo. Mi hermana estaba asimismo empleada a media jornada en la tienda. Cuando cumplí los catorce, también yo empecé a trabajar ahí. Mi padre confiaba en que me hiciera cargo del negocio y pensó que debía comenzar por abajo. Mis primeras tareas consistían en barrer,

fregar, limpiar los baños y sacar la basura. Por fin, me gradué en atender a los clientes y aconsejarlos sobre centenares de muestras de moquetas y linóleos.

Hasta el día de hoy, las moquetas me producen claustrofobia.

A finales de los años sesenta y principios de los setenta, mientras otros adolescentes se dejaban el pelo largo, fumaban marihuana, protestaban contra la guerra de Vietnam y lloraban por la separación de los Beatles, yo llevaba una vida bastante protegida en un pueblo conservador de los Apalaches. Y a pesar de que hacía tiempo que había dejado de ser pastor, mi padre seguía siendo muy disciplinado. No me dejaron ir al cine hasta que cumplí los dieciocho y no nos permitían jugar a las cartas —tampoco a la mona— en casa. Mis padres prohibieron a mi hermana llevar pantalones o *shorts*, y los vestidos tenían que ir bastante por debajo de la rodilla. Mi padre nos atizaba con un cinturón cuando nos pillaba haciendo algo malo. Para algunos, esto quizá sonará más bien duro, y en la sociedad permisiva de hoy en día, es probable que se acusara a nuestros padres de maltrato infantil. Pero así fue como crecimos, con unos límites muy estrictos. Sabíamos qué podíamos hacer y qué no y qué se esperaba de nosotros.

Al igual que en Tennessee, nuestra familia asistió a la primera iglesia baptista de Princeton. En esa época no tenía mucho interés en nada que tuviera que ver con la religión o las reuniones de la iglesia, hasta el día en que vi actuar al coro infantil de la parroquia. El coro se llamaba Sonidos de Convicción, conocido como Sonidos, para abreviar. Y después de esa primera interpretación, me quedé tan impresionado por la puesta en escena, la iluminación y los cantos que me uní al grupo y no lo abandoné hasta después del último curso del instituto. No era el mejor cantante, pero me gustaba mucho la diversidad de chicos y formar parte de un equipo. Viajamos

por todo Virginia Occidental y Virginia, donde actuábamos en colegios e iglesias. El espectáculo era tan popular que el coro pasó de los cuarenta chicos que había cuando me uní a él a más de cuatrocientos cuando lo dejé.

Cuando acabé el instituto, me marché a la Universidad de Virginia Occidental en Morgantown, entusiasmado por estar solo y vivir en una residencia de estudiantes con otros chicos de mi edad. Siguiendo las instrucciones de mis padres, me especialicé en administración de empresas, pero no tenía ningún interés en aprender economía y finanzas. Si echo la vista atrás, tengo la sensación de que pasé mi primer semestre en una gran fiesta. Cuando salieron las notas, mis padres decidieron que no iban a tirar el dinero por una causa perdida. ¿Quién podía reprochárselo? En las vacaciones de Navidad recogí mis cosas de mala gana, abandoné la Universidad de Virginia Occidental y volví a casa.

El muestrario de moquetas se convirtió en mi futuro.

Aun así, deseoso de dedicarme a los cuerpos policiales, me matriculé en la Universidad Estatal de Bluefield. Sin que lo supieran mis padres, me inscribí en el programa recientemente creado de Administración de Justicia Penal. Y, vaya, ¡me encantó! Durante el semestre de primavera, en 1975, me ofrecí como voluntario para ser el primer estudiante de la Universidad Estatal de Bluefield en participar en un nuevo programa de prácticas en verano en la oficina del sheriff del condado de Mercer y el Departamento de Policía de Bluefield. Conocí a ayudantes del sheriff y a agentes de ambos organismos, quienes me animaron a que hiciera oposiciones a la función pública para poder convertirme en policía. Estudié en secreto e hice el examen sin que mis padres se enteraran. Cuando anunciaron los resultados, obtuve la nota máxima, y mi nombre apareció en primer lugar de una posible lista de contratación, tanto para la oficina del sheriff como para el Departamento de Policía.

El Departamento de Policía de Bluefield fue la primera institución que me llamó y me ofreció hacer una entrevista de trabajo. Fue entonces cuando tuve que confesarles a mis padres lo de mi carrera universitaria y que había hecho en secreto el examen para ingresar en la policía. Mis padres eran mucho más inteligentes de lo que yo creía y ya se habían imaginado qué estaba tramando. Una vez superada la exploración física y la investigación de los antecedentes, presté juramento como agente en el Departamento de Policía de Bluefield en noviembre de 1975. Tenía diecinueve años.

El día en que fui a probarme mi nuevo uniforme estaba exultante, a pesar de que me dijeron que era demasiado joven para adquirir un arma. La edad mínima para comprar un arma en el estado era de veintiún años, lo que implicaba que iba a tener que convencer a uno de los agentes más mayores de que me consiguiera mi primera pistola, un revólver Colt Python del calibre 357 con cañón de cuatro pulgadas y de acero azul.

No esperaba que mi padre se alegrara de mis logros, pero, en cierto modo, se sentía orgulloso de mí, porque salió y compró la munición.

Como agente novato, patrullaba por una parte de la localidad y hacía mi parte correspondiente de trabajo administrativo, pero me sentía atraído por los traficantes de drogas. Era 1976, y tenía la impresión de que las drogas ilegales estaban por doquier. Incluso entonces veía lo dañinas que eran para la sociedad y cómo traficar con ellas y la adicción estaban arruinando la vida de los jóvenes. A mediados de los años setenta, la cocaína resurgió y se convirtió en la droga recreativa preferida por los famosos en las discotecas y fiestas pijas de todo el país, sobre todo en Studio 54 en Nueva York. En cualquier otro lugar, fumar crack o inhalar los vapores de la cocaína en su punto de fusión proporcionaba a los yonquis increíbles subidones. Farmacéuticos clandestinos experimentaban con co-

caína en polvo que mezclaban con bicarbonato sódico y otras sustancias para elaborar crack, algo que tendría unas consecuencias desastrosas en los barrios marginados de Estados Unidos en los años ochenta. Y con el fin de la guerra de Vietnam en 1975, cientos de soldados regresaban a casa tremendamente enganchados a la heroína.

Pero la marihuana era suficiente flagelo para mí como joven policía, y en mi tiempo libre me vi persiguiendo a camellos. En 1976 conocí a un soplón que me habló de un traficante que estaba vendiendo muchos kilos de hierba. En esa época, medio kilo de marihuana alcanzaba un precio de más de mil trescientos dólares. Llamé a Jack Walters, otro agente novato que era mi mejor amigo en el cuerpo, y trazamos un plan para trincar al maleante en nuestro día libre. En colaboración con nuestro informante, le pedimos que llamara al objetivo.

Esa tarde el soplón lo llamó para preguntarle el precio de medio kilo de marihuana. Menos de veinte minutos después, quedamos en vurnos en una gasolinera de la zona a fin de efectuar la compra. Jack y yo nos escondimos en la parte trasera de la estación de servicio mientras el soplón hacía la transacción con el objetivo.

En cuanto lo divisamos sacando una bolsita de su coche, nos abalanzamos para detenerlo. El culpable resultó ser un estudiante de último año de instituto, de diecisiete años, de clase media-alta. No necesitaba el dinero, pero había visto demasiadas películas de malos y pensó que podría salirse con la suya con esta actividad delictiva de poca monta en un pueblo pequeño donde la policía, eso creía él, no se enteraba de nada.

Jack y yo esposamos al asustado chaval y pedimos que viniera un inspector, que se quedó atónito al ver a dos polis novatos participando en una exitosa redada antidroga en su día libre.

El adolescente fue acusado y finalmente entregado a sus padres. Por suerte para él, se alcanzó un acuerdo en los tribu-

nales y fue puesto en libertad condicional. Como era un menor, sus antecedentes penales se eliminaron cuando llegó a la mayoría de edad y terminó su libertad condicional.

A pesar de mis logros, sentía que mi padre no estaba contento con mi elección, claramente decepcionado por no haber seguido sus pasos en el negocio familiar. Después de haber estado en el Departamento de Policía durante dieciocho meses, la culpa se apoderó de mí y, en 1977, pedí una excedencia de noventa días para regresar a la tienda de mi padre y volver a probar con los pavimentos. Pero duré menos de dos meses entre muestras de moquetas y linóleos. Era muy infeliz y regresé al Departamento de Policía antes de que mi excedencia llegara a su fin.

Tuvieron que pasar cinco años como policía hasta que mi padre al final me dijo lo orgulloso que se sentía de mí. Eso lo cambió todo y me dio la fuerza necesaria para seguir adelante.

Nunca volví la vista atrás.

JAVIER

Lloré durante las cinco horas de trayecto en coche desde Hebronville hasta Huntsville, que se suponía que iba a ser el primer gran paso en mi carrera en la policía.

Estudiaba sociología en la Universidad A & I de Texas, en Kingsville, y había logrado una beca de tres meses en la penitenciaría estatal. Obtendría créditos universitarios y un pequeño sueldo por trabajar en la prisión donde se hallaban los prisioneros más famosos del estado, todos ellos en el corredor de la muerte.

Estaba emocionado.

Pero a mis padres les preocupaba mi seguridad e intentaron convencerme de que no fuera. A decir verdad, había otras

cosas que me retenían en mi pueblo del sur de Texas. Mi familia estaba pasando por un mal momento porque a mi madre, Alicia, le acababan de diagnosticar cáncer de mama. Fue un destino cruel para una mujer que temía a Dios y no tenía vicios, pues nunca había bebido o fumado un cigarrillo en su vida. Iba a misa todos los domingos y siempre se las arreglaba para tener la comida preparada para mi hermano mayor, Jorge, para mi padre y para mí. Era difícil llegar a fin de mes en Hebronville. Teníamos un pequeño rancho familiar que no daba mucho dinero, y mi hermano y yo ayudábamos a mi padre a reparar las cercas y trabajar con el ganado cada verano. Durante los años de mayor austeridad, mi madre siguió siendo muy optimista, a pesar de que al final le quitarían los dos pechos debido al cáncer. Le encantaba ir al bingo en la iglesia los viernes por la noche. Siempre volvía diciendo que le había faltado solo un número para ganar el bote, si bien jamás ganó un centavo.

Conteniendo los sollozos, me suplicó que me quedara. Mi padre, que se llamaba Jesús, pero al que todos conocían como Chucho, me advirtió de que estaba cometiendo un error. Le preocupaba que mi beca para trabajar entre los presos más despiadados del estado no fuera sencillamente una buena idea. Demasiado peligro, decía. ¡Él, que era un vaquero y había dejado su huella en la capital vaquera de Texas! No temía a nadie. Pero yo quería algo más que el rancho familiar, que mi padre heredó de mi abuelo y que a duras penas nos daba para vivir. Tenía que abandonar los confines de mi pequeño pueblo ferroviario de Texas. No podía dejar pasar la oportunidad de vivir mi primera experiencia laboral de verdad en la justicia penal.

Metí en la maleta solo un poco de ropa para el viaje, como para demostrar a mis padres que pronto estaría de vuelta, que no era algo definitivo. Mantendría mi promesa de estar al lado de mi madre para ayudarla durante los tratamientos de qui-

mioterapia a los que se iba a someter en Laredo. Pero mis padres me dieron la espalda y se negaron a hablarme.

Así fue como me marché de mi casa de la infancia a los dieciocho, con el corazón en un puño y preguntándome si volvería a ver a mi madre con vida. Al echar ahora la vista atrás, a través del prisma que dan los años, sé que debían de estar tan tristes como yo.

Las lágrimas asomaron en cuanto puse la llave en el contacto y agarré el volante de mi Chevy Nova de 1974. Me compré el deportivo de dos puertas, marrón y de líneas elegantes, con el dinero que había ahorrado recogiendo sandías durante mis vacaciones de verano en Hebronville, que es probablemente la capital mundial de la sandía, rodeado de campos verdes de fruta en apariencia infinitos. Había estado haciendo aquel agotador trabajo desde que tenía quince años, acuclillado entre cepas polvorientas cada verano bajo un sol abrasador a treinta y siete grados. La camioneta que transportaba a los trabajadores me recogía en mi casa a las seis de la mañana y nos dejaba a mí y a nuestro grupo de migrantes, la mayoría mexicanos, en los campos cercanos, y volvíamos a casa a las ocho de la tarde. Las sandías pesaban entre cuatro kilos y medio y siete kilos, y a finales de verano tenía los brazos como Popeye. En muchas ocasiones me encontré con serpientes cascabel a las que les gustaba esconderse debajo de las sandías, donde se refrescaban y protegían del sol. Nunca me mordieron, pero poco me faltó. Una de ellas intentó atacarme, pero le lancé una sandía y murió aplastada. Hasta el día de hoy, no puedo comer sandía y tengo una verdadera fobia a las serpientes.

Cuando tenía diecisiete años, me había vuelto tan bueno que ascendí de recolector a cortador: parte de un equipo de reconocimiento avanzado compuesto normalmente por trabajadores más mayores que rastreaban los campos en busca de las frutas más maduras. Luego pasé a ser apilador y ayudaba a

cargar las sandías en un tráiler; es una forma de arte, ya que cada pila debía tener una capa perfecta de sandías, alineadas en horizontal, desde el suelo hasta dos metros y medio de altura. Ganaba trescientos dólares por cada tráiler que cargaba y podía hacer dos al día, así que mi paga era enorme. Le daba una buena parte de mi sueldo a mi madre y el resto lo ahorré para comprarme un coche.

En aquel largo viaje desde un lugar que conocía tan bien, lloré porque, en cierto modo, sabía que estaba dejando atrás mi juventud al pasar por los campos de sandías, el colegio y el instituto donde jugué a fútbol y a béisbol, y el bar de mala muerte donde bebí mi primera cerveza. Mientras conducía a toda velocidad por la ruta 59, las lágrimas me caían a raudales por las mejillas y me nublaban la visión. Los kilómetros de ranchos con vaqueros cubiertos de polvo en sus caballos y los rebaños de ganado que pasaban a través de mi ventanilla parecían escenas de una película repetida y lejana.

Atravesé Houston y fui hacia el norte hasta Huntsville, la sede del Departamento de Justicia Penal de Texas, de la que dependen todos los centros penitenciarios para adultos del estado. Alguien, no recuerdo quién, lo llamó en una ocasión una ciudad industrial a prueba de recesiones porque su principal actividad económica es albergar a delincuentes.

De hecho, de los treinta y ocho mil residentes de la ciudad, unos siete mil trabajaban en su sistema penitenciario. Otros miles lo hacían en la universidad local. Hay siete prisiones en Huntsville, que acogen a más de trece mil reclusos. A los lugareños les gusta bromear diciendo que «la mitad de la población de Huntsville está encerrada y la otra mitad cobra por su tiempo». Todo esto forma parte de su humor negro, pero también es la base de un orgullo que nace de vivir y trabajar en un lugar que se ha convertido en una especie de monumento nacional a la justicia penal, sin importar en qué lado estés en el

debate sobre la pena de muerte. Ahí está el Museo de la Prisión de Texas, donde se exhibe la pistola que sostenía Bonnie Parker cuando los hombres del sheriff la asesinaron a tiros en Luisiana en 1934. Pero el principal atractivo es Old Sparky, la silla eléctrica en la que fueron ejecutados trescientos sesenta y un prisioneros entre 1924 y 1964. Antes de Old Sparky, los condenados a muerte fueron ahorcados en distintos condados del estado de Texas.

No sabía qué esperar cuando fui hacia Huntsville, y aún tenía los ojos enrojecidos e irritados por mi salida de Hebronville mientras recorría en coche las principales calles de la localidad. Era una ciudad texana bastante agradable, parecida a otras muchas por las que había pasado cuando era un niño: llana y extensa, con camionetas oxidadas aparcadas frente a la ferretería y la fuente de soda. Me detuve a estirar las piernas y pasé por delante de lo que parecía ser el teatro del casco antiguo, cerrado desde hacía mucho tiempo, en la calle Doce, cerca de la estación de autobuses Greyhound, donde más tarde vería a presos que acababan de ser liberados mientras esperaban dubitativos el autobús y agarraban latas de cerveza envueltas en bolsas de papel de estraza: su primer contacto con la libertad después de cumplir condena.

El domingo por la tarde en que llegué, unas cuantas cafeterías estaban atestadas de estudiantes de la Universidad Estatal Sam Houston. A través de las ventanas vi a algunos entretenidos con un pastel y un café, enfrascados en sus deberes o en animadas conversaciones. Pero supe que me encontraba en el lugar más siniestro en el que jamás había estado cuando alcé la vista hacia mi nuevo lugar de trabajo, un imponente edificio de ladrillo rojo que dominaba el centro de la ciudad. Construido en 1849, la Unidad de Huntsville, con sus doscientas veinticinco celdas, se distinguía por ser la prisión más antigua del estado. Y desde 1982, cuando Texas restableció la

pena de muerte, la prisión, más conocida por su apodo, Unidad Walls, ha albergado la cámara de ejecución más activa del país.

No tenía donde quedarme y me registré en el hotel más barato que encontré. A la mañana siguiente me incorporé muy temprano a mis prácticas y me asignaron a la Unidad Ellis, una prisión situada a diecinueve kilómetros al norte de Huntsville, donde se hallaban los reclusos más peligrosos del corredor de la muerte. Mientras caminaba de regreso a mi hotel después de cumplimentar el papeleo necesario, encontré una pequeña y destartalada caravana aparcada a una manzana de la Unidad Walls. Apenas medía seis metros de longitud y se caía a pedazos. Parecía como si no la hubieran lavado en años. Pero se la alquilé sobre la marcha a su anciana propietaria. Tal vez se percató de mis ojos enrojecidos. ¿Tenía aún rastros de lágrimas en las mejillas? No sé por qué pareció confiar en mí en el acto y me pidió con timidez solo cien dólares al mes. En mis días libres podía ir andando desde la minúscula caravana hasta la prisión principal y usar mis bonos para comer y cenar gratis.

Mi primer día de trabajo fui en coche hasta la Unidad Ellis y me asignaron pasar lista en el corredor de la muerte. No había recibido formación alguna ni advertencias sobre qué supondría eso, y mientras caminaba vacilante por la pasarela metálica de un metro de anchura que separaba las celdas de los reclusos a ambos lados, no me avergüenza admitir que estaba muerto de miedo. Me sudaban las manos y el corazón me iba a mil en el pecho a medida que avanzaba por la pasarela, sin atreverme a mirar a ninguna de las celdas. Mantuve la mirada fija en la lista de nombres a los que tenía que llamar en la tablilla. Estaba seguro de que los presos podían oler mi miedo y reconocer la vacilación en mi voz en cuanto empecé a pasar lista, atento a pronunciar correctamente todos los nombres. Debían de saber que era el tipo nuevo y que todo esto me su-

peraba, ya que cuando pronuncié el tercer nombre y no oí más que un silencio atronador, alguien gritó de repente un fuerte «¡Bu!».

Ese «¡Bu!» me sacó de mis casillas y salí por piernas. Me di la vuelta y regresé corriendo por la pasarela todo lo rápido que pude.

Cuando entré en razón, todos, los guardias y los demás prisioneros, parecían estar muriéndose de risa a mi costa.

Suspiré de alivio, aunque no pude evitar sentirme incómodo. Después de todo, la brutalidad de los delitos cometidos por estos reclusos no tenía ninguna gracia.

Y en la prisión los peligros acechaban por todas partes. Llegué a Huntsville unos años después de la toma de rehenes de julio de 1974 —el asedio más largo en la historia penitenciaria de Estados Unidos—, cuando Fred Gómez Carrasco, un célebre narcotraficante de San Antonio conocido como el Señor, tomó dieciséis rehenes en la biblioteca de la Unidad Walls. Carrasco, que por aquel entonces tenía treinta y cuatro años, era uno de los capos de la heroína más famosos, responsable de la muerte de al menos cincuenta y siete personas en todo Texas y parte de México. Carrasco y sus compañeros reclusos Rodolfo Domínguez e Ignacio Cuevas habían sobornado a los trabajadores penitenciarios para pasar de contrabando tres pistolas Magnum del calibre 357 al interior de la prisión en una lata de jamón podrido. Escondieron más de trescientos cartuchos de munición en latas de melocotón.

Los secuestradores negociaron con los funcionarios de prisiones durante once días y amenazaron con matar a los rehenes, entre los que se encontraban desde otros reclusos y bibliotecarios hasta un capellán de la cárcel. Carrasco pidió a las autoridades que les dieran a él y a sus dos cómplices chalecos antibalas, trajes y, curiosamente, zapatos de vestir para su temeraria fuga. El 3 de agosto abandonaron la prisión prote-

gidos por un escudo improvisado hecho con dos pizarras rodantes, reforzado con unos gruesos libros jurídicos y cartón pegado en la parte externa, para mayor protección. Bautizaron a su artificio «la Piñata» y «el Taco Troyano». Los convictos se esposaron a tres mujeres —la bibliotecaria Julia Standley y las profesoras Yvonne «Von» Beseda y Novella Pollard— y las metieron junto con el capellán de la prisión, el padre O'Brien, en la fortificación hecha con la pizarra. Alrededor de la Piñata enrollaron con una cuerda y esposaron a otros cuatro rehenes, a modo de parachoques, por si las autoridades de Texas decidían disparar. El plan era llegar hasta el patio, donde estaba esperando un coche blindado que había pedido Carrasco.

Pero cuando la caravana de pizarra bajaba por una rampa desde la biblioteca de la tercera planta al amparo de la oscuridad, la policía conectó una manguera de alta presión que hizo que los rehenes se dispersaran en el exterior. De inmediato comenzó un tiroteo desde el interior del escudo mientras la policía pedía a los reclusos que se rindieran. Durante quince intensos minutos, siguieron los disparos. En el caos que siguió, Domínguez disparó a Standley cuatro veces por la espalda. Murió en el acto, antes de que las autoridades asesinaran a tiros a Domínguez. Carrasco mató a Beseda y luego apuntó la pistola a sí mismo. Cuevas disparó e hirió al padre O'Brien antes de desmayarse y caer encima de Pollard. Cuevas, el hijo analfabeto de un campesino mexicano que estaba cumpliendo una condena de cuarenta y cinco años por asesinato, fue el único secuestrador que sobrevivió a la dramática fuga de la cárcel. Fue declarado culpable tres veces por homicidio premeditado por la muerte de Standley, una madre de cuarenta y tres años y con cinco hijos. A pesar de que dos de las condenas fueron revocadas en la fase de apelación, Cuevas fue juzgado por el asesinato de Standley, en virtud de una ley de Texas que hace que un cómplice sea responsable de los delitos cometidos en el

mismo suceso. El 23 de mayo de 1991, Cuevas fue ejecutado con una inyección letal a tan solo unos metros de donde tuvo lugar la espectacular fuga de la prisión.

Mis prácticas también coincidieron con el encarcelamiento de un tipo blanco y gordo a quien todos en el corredor de la muerte llamaban Candyman. Pronto supe que la prensa lo había apodado «el hombre que mató a Halloween» porque envenenó a su propio hijo pequeño con un caramelo con cianuro para poder cobrar la importante indemnización del seguro.

Se llamaba Ronald Clark O'Bryan y era un óptico de Deer Park, una zona residencial de las afueras de Houston. Tras su condena por asesinato, los padres de todo el país estaban aterrorizados y se lo pensaban dos veces antes de dejar que sus hijos aceptaran en Halloween un caramelo de nadie, tanto de desconocidos como de familiares.

En una noche lluviosa de Halloween en 1974, O'Bryan y otro padre del barrio llevaron a sus hijos a pedir caramelos de casa en casa en las afueras de Pasadena. O'Bryan, que por aquel entonces tenía treinta años, se quedó rezagado respecto a su amigo y los niños y volvió con varias golosinas que, según dijo, provenían de una casa a su paso que estaba a oscuras y cerrada cuando habían intentado llamar al timbre. O'Bryan repartió las golosinas, unos dulces en polvo en forma de pajita, a sus dos hijos —Timothy, de ocho años, y Elizabeth, de cinco— y a los otros tres que los acompañaban. Cuando llegaron a casa, O'Bryan instó a su hijo a que probara el dulce envenenado. Pero cuando el pequeño Timothy tragó un bocado del polvo tóxico, se quejó de que sabía amargo y empezó a vomitar. Murió poco después.

O'Bryan le contó a la policía que el caramelo provenía de la casa a oscuras que había en su ruta mientras iban a pedir dulces. Afirmó que, después de llamar al timbre, solo vio un brazo peludo que le tendía los caramelos. Enseguida se de-

mostró que la coartada era falsa cuando el propietario de la casa presentó las planillas de asistencia de su trabajo como controlador aéreo. Estuvo de servicio la noche de Halloween y había varios testigos para demostrarlo.

La policía detuvo a O'Bryan unos días después, cuando hallaron que había contratado incontables pólizas de seguros para sus hijos. Tenía una deuda de cien mil dólares y estaba a punto de perder su casa y su coche. También iban a despedirlo del trabajo después de que sus jefes lo pillaran robando. Solo la muerte de Timothy valía treinta y un mil dólares en dinero del seguro.

No estuve ahí cuando ejecutaron a O'Bryan. Tras obtener previamente dos suspensiones de la ejecución, O'Bryan fue condenado a muerte en 1984, siete años después de mis prácticas en Huntsville. Mantuvo su inocencia incluso cuando lo estaban atando a la camilla, justo antes de recibir la inyección letal. Tenía treinta y nueve años.

«Como seres humanos, cometemos errores y nos equivocamos», dijo en su declaración final. «Esta ejecución es uno de esos errores. Pero no significa que todo el sistema judicial vaya mal. Por tanto, perdono a todos —y me refiero a todos— aquellos que han participado en mi muerte.»

Por mucho que deplora sus crímenes, salí de aquella experiencia pensando que O'Bryan tenía razón en una cosa: todos los reclusos, incluso los delincuentes convictos más despiadados, siguen siendo seres humanos. Esta es una de las lecciones más valiosas que he sacado de los cuerpos policiales, y la aprendí de un administrador penitenciario, un preso al que le asignaron la tarea de ayudar a los guardias a cambio de un trato especial, como usar el teléfono o disponer de más comida. Hay que ser estrictos con ellos, sí, pero también compasivos, me dijo.

Al final, no obstante, esa misma compasión no caló en mí en Huntsville. Poco antes de que terminaran mis tres meses y

pensara en regresar a la universidad, salí mal parado de un feo comentario racista que casi pone fin a mi carrera incluso antes de empezar. Fue tan desagradable e inesperado que todavía me obsesiona después de todos estos años.

Cuando regresé a casa a Hebbbronville, se casaba mi único primo y su boda caía en el último día de mi turno. Me armé de valor y le pedí un día libre al alcaide de la prisión. El Capitán, como era conocido, era un hombre blanco corpulento y de aspecto intimidatorio. En Huntsville era una rareza, ya que la mayoría de las personas con las que trabajé eran amables y comprensivas, muchas de ellas alumnos de justicia penal que se sacaban sus títulos en la Universidad Sam Houston. Mientras estaba sentado en la oficina ejecutiva de la prisión contando balbuciente mi situación familiar y le pedía que me dejara recuperar el tiempo haciendo horas extraordinarias —le propuse trabajar nueve días seguidos en lugar de nuestros turnos habituales de siete y así compensar el día libre—, perdió los estribos. Empezó a chillarme y a llamarme «mexicano vago», entre otras cosas que he borrado de mi memoria. Me ordenó que saliera de su despacho y me dijo que iba a escribirme una recomendación negativa, que podría echar por tierra mis oportunidades en los cuerpos policiales en el futuro.

¡Eso era todo! Tres meses de duro trabajo, en los que sentí que había aprendido mucho para avanzar en mi carrera en la justicia penal, y mi destino parecía estar en manos de un racista incapaz de controlar su temperamento. Pensé que estaba haciendo lo correcto y apropiado al contarle mi situación personal, pero salí de su despacho hecho polvo. Trabajé el turno de siete días, y luego, sin decirle nada a nadie, me subí a mi Chevy y conduje hasta Hebbbronville. Logré llegar a la boda de mi primo y después regresé a la universidad.

Tenía apenas diecinueve años y la sensación de que mi carrera en la policía había llegado a su fin. Más tarde, cuando

pedí trabajo en la oficina del sheriff en Laredo e intenté convertirme en agente especial de la DEA, estaba demasiado asustado como para incluir Huntsville en mi currículum.

STEVE

Vi los faros del coche que venía cuando invadió mi carril. Todavía era un policía novato en el Departamento de Policía de Bluefield. Aquella noche me encontraba patrullando por las calles arboladas y residenciales del histórico pueblo ferroviario en el centro de los Apalaches, a unos veinte minutos de Princeton, donde aún vivía con mis padres.

Con una población de poco más de veinte mil habitantes, Bluefield era la mayor ciudad del sur de Virginia Occidental y el oeste de Virginia. La principal industria era la empresa ferroviaria Norfolk and Western, que al final pasó a ser la Norfolk Southern Railway. El principal cargamento que atravesaba el pueblo en el ferrocarril era carbón en dirección a Norfolk, Virginia, que se enviaba a distintos lugares del mundo. Los habitantes de los pueblos vecinos y otras ciudades iban a Bluefield a comprar y divertirse, y cada sábado por la noche había baile con una banda de *country* y música del Oeste en el auditorio de la ciudad de Bluefield.

Solía haber de tres a cinco agentes de policía fuera de servicio que trabajaban en estos actos, y no era infrecuente que detuviéramos a unas cuantas personas cada semana, la mayoría de ellas por buscar pelea o forzar coches aparcados cuando estaban borrachos. Ahí es cuando las cosas en Bluefield podían ponerse feas. Muchos de los que aterrizaban en la ciudad procedían de zonas donde no había mucha presencia policial, si es que había alguna. No estaban acostumbrados a tener que acatar las normas o a que un agente de policía les dijera lo que podían o no

hacer. En esa época, la mayoría de estos forasteros trabajaban mucho durante la semana y querían divertirse a tope los fines de semana. Y para muchos de ellos, pelear formaba parte de la vida, así que no era raro que opusieran resistencia cuando se encontraban frente a un agente de policía. A la mañana siguiente, después de que se les pasara la melopea en la celda de los borrachos de la comisaría, o se disculpaban por su conducta, o decían algo del tipo «Tío, fue una gran pelea, ¿no? No veo el momento de volver el próximo fin de semana a probar otra vez».

Cuando no estaba patrullando en el aparcamiento del auditorio, la mayoría de mis funciones consistían en conducir por las calles principales de Bluefield en busca de delitos que se estuvieran cometiendo y comprobar si habían forzado las puertas y ventanas de los comercios.

Me encantaba mi trabajo y tenía la sensación de estar aportando algo importante a la comunidad. Una noche fría de invierno, estaba seguro de haber salvado a tres niños pequeños de morir congelados en la parte trasera de una camioneta. Sus padres los habían dejado en el vehículo, que estaba destrozado y no tenía ventanas, a fin de poder echarse unos bailes en el auditorio. Me quedé horrorizado al contemplar a los temblorosos críos. Después de que mi compañero y yo los metiéramos en la parte de atrás de nuestro coche patrulla con calefacción, entré en el auditorio. Me abrí paso hasta el escenario, le quité el micrófono al cantante en mitad de canción y pedí que los padres de los niños dieran la cara o me vería obligado a llevar a los pequeños a los Servicios de Protección del Menor. Tras unos breves momentos de tensión, aparecieron los padres y la multitud los abucheó. Eran muy pobres y dijeron que tan solo querían disfrutar de unos cuantos bailes. Cuando se reunieron con sus hijos, me di cuenta de que eran unos buenos padres que acababan de meter la pata por querer disfrutar de un rato a solas en la pista de baile. Así que los dejamos marchar

con la firme advertencia de que si volvíamos a pillarlos haciendo lo mismo otra vez, nos aseguraríamos de llamar a las autoridades competentes para que les quitaran los niños.

En otra tempestuosa noche de invierno, mientras un peiodista que me seguía en mis rondas esperaba fuera, el agente Dave Gaither y yo irrumpimos en una casa en llamas y fuimos desesperadamente de habitación en habitación, hasta que vimos a una madre y a su hija pequeña. Dave ayudó a escapar a la madre, y yo cogí a la niña y salí corriendo como un loco de la casa incendiada.

Por aquel entonces creía, y lo sigo creyendo, que un agente de policía es un servidor público, un título que llevo como una medalla de honor. Como tal, se espera que un agente sirva y ayude a los ciudadanos. No se trata siempre de perseguir a los malos, poner multas de tráfico e intervenir en los accidentes.

Pero, una vez hechas las buenas obras, volvimos a nuestra rutina y a las con frecuencia monótonas patrullas durante el turno de noche.

Fue en una guardia nocturna rutinaria cuando vi venir el Cadillac a toda velocidad hacia mí; casi un accidente que contribuyó mucho a tener mi propia opinión sobre el mantenimiento del orden público en un pueblucho que navegaba hacia su propio rumbo de colisión.

El malhumorado superior, que había visto de todo y que iba a mi lado en el asiento del pasajero, agarró el volante de forma instintiva y maldijo en voz alta mientras yo giraba bruscamente el coche patrulla hacia la acera para evitar así un choque frontal. El conductor que iba detrás de nosotros no tuvo tanta suerte. Desde el retrovisor pude ver que el Cadillac, que iba a toda pastilla, golpeó de refilón al coche que nos seguía antes de salir disparado y adentrarse en la noche.

Encendí la sirena, hice un brusco cambio de sentido y lo perseguí.